

EXALTACION Y ECLIPSE DEL GENERAL POLAVIEJA

Por F. JIMENEZ NUÑEZ y M. LOPEZ COIRA

SUMARIO

I. ANTECEDENTES COLONIALES: 1. *Actitud realista y crítica de Polavieja ante la situación cubana.* 2. *Posición y censura de Polavieja por el estado de las fuerzas militares en Filipinas.*—II. POLAVIEJA Y LA CRISIS DEL 98: 1. *El regreso a la Península y su reencuentro con la vida política española.* 2. *Manifiesto regeneracionista de Polavieja a la opinión pública española: a) Memoria. b) Parte programática. c) Bases ideológicas.* 3. *Vicisitudes en sus alianzas políticas.*—III. EL GOBIERNO SILVELA-POLAVIEJA: 1. *Crisis de gobierno y dimisión de Polavieja.*

La figura del general Camilo García de Polavieja centró las discusiones de los últimos años del siglo XIX. Algunos lo han definido como un conservador nato, pero parece más apropiado el situarle entre los hombres de «orden», respetuoso con los valores tradicionales de la nación española, pero no reacio a los cambios, si éstos se hacían imprescindibles.

Parece evidente, tanto por su trayectoria militar, a través de su hoja de servicios, así como por sus escritos y declaraciones, que lo que realmente le configuraba era su espíritu castrense. Su paso por la política y el Gobierno vino determinado por una especial coyuntura y que se ha dado en llamar la crisis del 98, una situación excepcional, en la que surgen hombres de especial prestigio y carisma.

Esta situación era, haciendo un paralelismo y salvando las diferencias, lo que Raymon Aron define para Francia «la conjuncture bonapartiste»: «Un clima de crisis nacional, el descrédito del Parlamento y de los parlamentarios y la popularidad de un hombre» (1).

(1) R. ARON: *Memoires*, Ed. Julliard, 1983, pág. 380.

Ciertamente existen, no sólo ciertas similitudes entre la situación crítica de la Francia de Boulanger y la España de Polavieja, sino también entre estos mismos hombres; ambos se presentaban con un programa renovador, dispuestos a reformar y sanear el régimen. Contaban también los dos con una importante popularidad, podrían haber tomado el poder pero carecen de manera de dictadores, por lo que terminaron siendo, ambos, hombres útiles para afianzar Gobiernos.

Polavieja dejó claro a través de su *Manifiesto* y en su trayectoria política su preferencia por las soluciones democráticas y liberales como forma de Gobierno. Su respeto hacia la Corona le excluía de cualquier vía autoritaria, como forma de acceder al poder. Encontraba justificable «soluciones de fuerza» sólo en situaciones de crisis muy graves y siempre como paréntesis breve en la vida de la nación.

La descomposición del régimen y la acelerada movilización política que siguió al desastre colonial, dirigieron los pasos de Polavieja hacia la vida política (2).

Su *Manifiesto programático*, del 10 de septiembre, sirvió para que la opinión pública conociera su ideario político y su voluntad de Gobierno. En éste dejaba claro Polavieja que buscaba el consenso de la mayoría que representa la voluntad nacional, pero no por el voto, sino por el plebiscito popular, manifestado en los homenajes y recibimientos.

Destacaba en su programa la vertiente regeneracionista para resolver la crisis, con medidas innovadoras, como la descentralización y los conciertos autonómicos.

Pero quizá lo más novedoso era su llamada a todos «los elementos neutros de la opinión o masa neutra», la no definida, la que será, andando el tiempo, señalada preferentemente como la mayoría silenciosa, formada por las capas medias burguesas. A éstos se dirige preferentemente en su *Manifiesto* (3).

Se observa también en éste una clara utilización de la exaltación de fe religiosa, como reclamo político que recuerda ya al nacional-catolicismo, fruto, posiblemente, de las vinculaciones de Polavieja con el arzobispo de Valladolid, Cascajares y Azara; incluso parece posible que el prelado pensase en él como aglutinante de los católicos bajo una empresa «iluminada». Sin olvidar su vieja relación con las órdenes religiosas de Filipinas, las que debieron influir posiblemente en Polavieja a la hora de no conceder el indulto

(2) J. ROMERO MAURA: *La rosa de fuego*, pág. 40.

(3) *Diario de Sesiones de las Cortes*. Congreso. Sesión 8-IX-1898.

en el caso de A. Rizal (condenado por independentista, pero especialmente mal visto por la Iglesia por pertenecer a la masonería).

En diciembre de 1898, ciertamente, el tiempo de Polavieja había pasado, la agitación social no era ya tal que hiciese imprescindible un «salvador de la Patria». La crisis podía, y así debió percibirlo la misma Corona, ser resuelta por un político de oficio y no por un militar.

Sin embargo, debió parecerle a Silvela demasiado peligroso dejar a Polavieja, con su prestigio y con un programa regeneracionista bien recibido por la opinión pública, apartado de la vida política. Sin olvidar los apoyos importantes que podía suponerle la entrada del general a formar parte de su Gobierno, y la buena predisposición de la Reina Regente, deseosa de ver a Polavieja ocupando la Cartera de la Guerra. El fracaso del Gobierno de Silvela-Polavieja supuso la esterilidad de lo que había aparecido ante la opinión pública como un intento serio de abordar la crisis socio-política y económica en la que estaba inmersa la nación, agudizada y evidenciada con el desastre de 1898.

La salida de Polavieja y del ministro de Justicia, el catalán Durán y Bas, se produce tras una larga crisis interna del Gabinete. Durante ésta la opinión conservadora y su prensa le acusan de haber favorecido al regionalismo, que había dado paso, según ellos, al separatismo; el pretexto estuvo en ciertos movimientos, poco numerosos, pero en los que se había gritado por la independencia (4).

Polavieja fue para la prensa conservadora y para muchos políticos del mismo signo un general incómodo, por su estrecha vinculación con la Regente. No obstante esta prensa apoyó al general cuando convino a sus intereses (5). Este terminó convirtiéndose en un elemento molesto y disgregador dentro del Gobierno del que se hacía necesario apartar. La ocasión se presentó en la cuestión de las economías presupuestarias.

No podemos dejar de hacer alusión a las reformas que Polavieja proyectó para el Ejército, condicionada a su aceptación para actuar en el Gobierno Silvela. Aunque algunos le tildaron de militarista ante su negativa a hacer las economías que se le exigían en su Ministerio, desde una perspectiva histórica actual parece injusta la acusación, ya que su objetivo era la modernización y puesta a punto del Ejército, para lo que se hacía imprescindible unas inversiones importantes. Las críticas surgieron de numerosos sectores en épocas de crisis y en momentos en los que precisamente la corriente de opi-

(4) CELSO ALMUÑA FERNÁNDEZ: *La prensa vallisoletana durante el siglo XIX (1808-1898)*, pág. 203.

(5) DAMIÁN ISERN Y MARCO: *Las Capitanías Generales vacantes*, Madrid, 1907, pág. 34.

nión, no sólo en nuestro país, sino también en otras naciones, era especialmente reacia a los gastos militares. En esta cuestión y en otras de signo ideológico, los liberales y su prensa se le opusieron también.

Aunque su paso por la política fue breve y contradictorio, y su estrella política aparecía eclipsada ya en 1900, no faltaban quienes seguían definiéndole como un hombre en el que se piensa en momentos de crisis.

I. ANTECEDENTES COLONIALES

1. *Actitud realista y crítica de Polavieja ante la situación cubana*

La primera actuación de Polavieja en Cuba se sitúa en lo que los cubanos llaman «la guerra chiquita», última convulsión de la revuelta de 1868 al 1878. En ésta jugó un papel de militar enérgico y prudente, sus decisiones respondieron siempre a esta doble peculiaridad en contraste evidente con actuaciones de otros militares que le habían precedido en el mando.

Polavieja ya en esta guerra logró hacerse, ante la opinión pública española, una aureola de militar heroico.

Posteriormente, en 1892, siendo gobernador general de la isla de Cuba, alcanzó a ver con acierto la realidad de ésta, y así se lo comunicó al Gobierno de Madrid, al que informó de la imposibilidad de mantener Cuba bajo la Corona española sin variar las condiciones políticas y militares en las que se encontraba la isla.

Sin embargo, donde mejor quedó reflejado su pensamiento acerca de dicha situación, fue en unas notas que en marzo de 1892 escribió en La Habana, y que sirvieron de base a un posterior libro suyo sobre el entonces polémico tema de la soberanía española en Cuba.

Destacaba en dichas notas, entre otros aspectos, su temor ante las cuantiosas inversiones que estaban llevando a cabo los norteamericanos en sus fuerzas navales, así como por las mejoras de las baterías en Cayo Hueso, Florida, que a su juicio sólo podían responder a un carácter ofensivo (6).

Analizaba también, en estas notas, la cuestión de la influencia de Estados Unidos en la vida de la isla:

«La corriente americana, que por la frecuencia, facilidad y rapidez de comunicaciones, por todos los puestos de la isla penetra en

(6) C. GARCÍA POLAVIEJA: *Relación documentada de mi política en Cuba*, 22 de abril de 1898.

su interior, sustituyendo en usos y costumbres lo yankee a lo español» (7).

Incluía un juicio crítico acerca de la labor española en la isla en los últimos años, llegando a afirmar que la difícil situación de la isla era consecuencia de nuestro escaso poder y de nuestros errores y torpezas. Finaliza advirtiendo con gran realismo:

«No debemos hacernos ilusiones; nuestros tiempos pasaron en América. En su vida moderna no tenemos cabida.

Por ello no debemos perder el tiempo en más reformas político-económicas para afirmar lo imposible, nuestro dominio en Cuba, conducta que honra poco a nuestra sagacidad y a nuestra previsión, sino emplearle en el modo y manera de salir de ella, sin que sufran quebranto nuestra honra y nuestros intereses» (8).

A su regreso a España, como senador vitalicio, elevó una *Memoria* al Senado, exponiendo la situación deficiente y la necesaria reforma y mejora del Ejército y de su Armada (9).

2. *Posición y censura de Polavieja por el estado de las fuerzas militares en Filipinas*

El Gobierno de Cánovas designó al general Polavieja gobernador general de Filipinas en 1896, con el propósito de cortar la insurrección propagada en la isla (10). Poco después de su llegada comprueba Polavieja que las dificultades existentes eran mayores de las que se suponía en Madrid, y los medios con los que contaba inadecuados.

Consciente de esta situación, Polavieja comunicó a su ministro las deficiencias militares a las que debía enfrentarse en su tarea de gobierno, y la imposibilidad material, en estas circunstancias, de facilitar la situación e incluso de evitar su progresivo deterioro.

Tanto Cánovas como el ministro de la Guerra, general Azcárraga, permanecieron insensibles a sus indicaciones y a la solicitud de refuerzos milita-

(7) *Ibidem*, pág. 348.

(8) *Ibidem*, págs. 350-351.

(9) DAMIÁN ISERN: *Op. cit.*, pág. 203.

(10) J. GALLEGU: *Los grupos políticos del 98*, pág. 131.

res demandada por Polavieja, como imprescindible para completar su campaña en Filipinas (11).

A pesar de estas condiciones en que se veía obligado a actuar, consiguió, no obstante, algunos éxitos destacados frente a los insurrectos y contuvo la extensión de éstos a otras islas, hasta que el desastre de 1898 desbordó la situación.

II. POLAVIEJA Y LA CRISIS DEL 98

1. *El regreso a la Península y su reencuentro con la vida política española*

La descomposición de la base política que había sostenido al sistema de la Restauración no dejó de sorprender por su magnitud, a pesar de haber sido anunciada con anterioridad. Ciertamente desde 1890 no faltaron quienes puntualmente denunciaron la invalidez del sistema, por su incapacidad para poder hacer frente a los graves problemas que tenía el país. Las palabras de Maura en el Congreso fueron reveladoras de esta situación: «Lo que hay es un divorcio total y absoluto entre los Gobiernos y los poderes públicos, de un lado, y la nación española, de otro» (12).

Los acontecimientos de 1898 no hicieron sino evidenciar esta situación, el deterioro, no sólo del sistema político, sino incluso de la misma sociedad. Se imponía una renovación del Estado bajo unos nuevos principios sociales.

Los últimos meses de 1898 fueron especialmente activos en compromisos y alianzas políticas. Se buscaba el acercamiento entre las fuerzas que habían conseguido mantener algún crédito político tras la crisis. Los partidos tradicionales ya no parecían dominar la vida pública, ahora emergían nuevos sectores políticos dispuestos a intervenir en ésta (13).

En esta coyuntura en la que algunos se manifiestan por la renovación del sistema y otros por el abandono del mismo, regresó a la Península el general García de Polavieja; llegaba con la aureola del militar que hubiese podido ganar la guerra, de haber contado con los recursos necesarios y que cicatera y torpemente le había negado el Gobierno y los políticos madrileños (14).

Su recibimiento multitudinario, primero en Barcelona y posteriormente en Madrid, ampliamente aireado por la prensa, mostraba a un pueblo que, aún

(11) DAMIÁN ISERN: *Op. cit.*, pág. 21.

(12) *Diario de Sesiones del Congreso*. Sesión 19-XI-1901.

(13) JOSÉ ANDRÉS GALLEGO: «Los grupos políticos del 98», en *R. Hispania*, número 138, pág. 124.

(14) J. ROMERO MAURA: *Op. cit.*, pág. 41.

a pesar del reciente descalabro sufrido por el Ejército español en su enfrentamiento con los Estados Unidos, sabía reconocer en este general al militar heroico que había intentado evitar el desastre. Esto le hacía aparecer ante la opinión pública española, en el verano de 1898, como el indiscutible y más seguro candidato a hacerse con el poder (15).

Su llegada a Madrid provocó un incidente, conocido como la «crisis del balcón». El origen estuvo en las especiales atenciones y deferencias que la Regente tuvo para con él, y que fueron criticadas por Cánovas (16), ya que evidenciaban la interferencia de la Corona en la actividad política. Parecía claro que lo que se hiciese en la vida política española se haría o con Polavieja o frente a él, en ningún caso ignorándolo.

2. *Manifiesto regeneracionista de Polavieja a la opinión pública española*

El *Manifiesto* no se hizo público hasta el 14 de septiembre de 1898, a pesar de haberlo concluido Polavieja el día 1 del mismo mes. Las causas de este retraso fueron el recelo y el temor, tanto del Gobierno como de parte del estamento militar, a sus posibles repercusiones. El ministro de la Guerra, general Correa, había negado a Polavieja, recordándole las Ordenanzas Militares, la publicación de su *Manifiesto* (17).

No atemorizaron a Polavieja estas dificultades, sus amigos van a encontrar el medio de hacerlo público, y esto fue a través de una interpelación parlamentaria, que hizo el diputado Rafael Gasset al ministro de la Guerra en el Congreso (18).

En el *Manifiesto*, aunque su autor lo articula en sentido unitario, nosotros hemos distinguido tres partes esenciales.

La primera, que va a manera de introducción, es la que hemos llamado Memoria: la segunda parte constituye la base fundamental del mismo y corresponde a la parte programática de éste, y, por último, en la tercera, analizamos la base ideológica a la que se dirige y los apoyos que solicita.

a) *Memoria*

Comienza Polavieja por recoger a manera de memoria los agravios de los que España como nación había sido objeto en su reciente fracaso militar,

(15) *Ibidem.*

(16) ARCHIVO POLAVIEJA: *Carta a la Regente*, 24-VIII-1898.

(17) *El Nuevo País*, 7-IX-1898.

(18) *Diario de Sesiones de las Cortes*. Congreso. Sesión 14-IX-1898.

del que culpa enteramente a los Gobiernos del momento y de los últimos años. Dice éste:

«Creo que España tenía derecho a esperar una dirección más acertada y un empleo más provechoso de sus recursos y de sus sacrificios, y que el único consuelo que puede quedarnos es pensar que las culpas no recaen sobre el país, tan dócil en dar cuanto se le pidió para sostener empresas acometidas sin reflexión y sin plan: recaen todas sobre sus gobernantes de ayer y de hoy» (19).

Acusa al Gobierno de ocultar sistemáticamente a la opinión pública la verdad sobre el estado de nuestros recursos, de nuestras fuerzas militares, del «Estado de la nación» (20).

No olvida tampoco Polavieja sus quejas personales por la política que el Gobierno había seguido, ignorando sus informes y opiniones. Dice:

«Yo no fuí oído en Cuba, ni lo fuí en Filipinas. Mis advertencias, mis comunicaciones, mis memorias, se perdieron en el vocerío de las disputas parlamentarias, o duermen bajo el polvo en oficinas que no parecen creadas para el servicio de la nación, sino para goce y recreo de los familiares, los amigos y los protegidos de nuestros magnates políticos» (21).

El curso de los acontecimientos, según Polavieja, habría podido ser otro si se le hubiese escuchado a tiempo, y el fracaso lo atribuye a lo que señala «debió hacerse y no se hizo, lo que pudo evitarse y no lo fue». De todo ello responsabiliza a los Gobiernos y a la clase política (22).

b) *Parte programática*

El programa político de Polavieja está marcado por un profundo sentido regeneracionista. Si se desea sacar a la nación de la situación en la que se halla —dice Polavieja—, es imprescindible un cambio amplio y profundo en la política del país.

Su programa de gobierno está determinado por el signo de las reformas,

(19) *Diario de Sesiones de las Cortes*. Congreso. Manifiesto de Polavieja. Sesión 10-IX-1898.

(20) *Ibidem*.

(21) *Ibidem*.

(22) *Diario de Sesiones de las Cortes*. Congreso. Sesión 10-IX-1898.

de entre éstas destacaremos aquellas que nos parecen como de especial significación.

Se presenta Polavieja partidario de lo que él llama «concesiones descentralizadoras», es quizás este aspecto el más innovador de su programa. Critica la centralización existente a la que atribuye las causas de los malos resultados de Gobierno. Dice también que esta necesidad descentralizadora se hace patente «a corta distancia de Madrid» (23).

Acusa de falta de sensibilidad y realismo por parte de muchos españoles respecto de esta cuestión, criticando la estrecha visión uniformista que sobre la Patria tienen aún algunos políticos.

«Nuestro inmoderado afán de uniformidad nos hizo considerar como antipáticos al sentimiento nacional formas de tributación concertadas, que aún repugnamos para la vida local» (24).

Cree que los posibles riesgos de esta descentralización son evitables —dice— bajo poderes vigorosos que mantengan la unidad política. A su juicio no ve inconveniente, sino más bien ventajas, en llegar a una amplia descentralización administrativa (25).

Pero en donde se proyecta como lo que realmente era, «un militar», es en una exposición de la imprescindible reforma militar, en su día ya pretendida por el general Cassola.

Para Polavieja, los recientes desastres habían puesto al descubierto la necesidad ineludible de reorganizar los Ejércitos de Tierra y Mar —dice— de manera que estén en constante disposición de emprender la guerra. Posiblemente para no ser tachado de militarista —subraya— que esta fórmula estaba garantizada por sus antecedentes y actuaciones (26). Entre los pasos que se debían dar hacia la citada reforma señalaba, entre otros:

«El organizar sin pérdida de tiempo el servicio obligatorio, para que cese una desigualdad irritante condenada por voz casi unánime del país, y se compenetre con éste el Ejército que ha de defenderle. Deberemos de dedicarnos a la constitución de reservas efectivas, difundir las enseñanzas prácticas, asegurar la competencia en el mando...» (27).

(23) *Ibidem.*

(24) *Ibidem.*

(25) *Diario de Sesiones de las Cortes.* Congreso. Sesión 10-IX-1898.

(26) *Ibidem.*

(27) *Ibidem.*

No olvida Polavieja la política internacional, destacando en su opinión el error de los gobiernos de España, que en los últimos cuarenta años habían condenado a la nación al aislamiento internacional, con el pretexto de la necesaria reorganización interior que así lo exigía (28). El aislamiento —sigue diciendo Polavieja— constituye una absurda protesta contra el sentido moderno del Derecho internacional y el mayor peligro de los Estados débiles (29).

Ofrece como orientación para una nueva política exterior la necesidad de abandonar la postura aislacionista, de la que dice:

«Por instinto de conservación habremos de salir de ella poniéndonos en condiciones de que nuestro concurso sea estimado en el mundo» (30).

De esta misma idea arranca su política de alianza con otras naciones europeas, aunque sin pronunciarse por ninguna determinada, ya que no le parecía el momento, ni creía necesario que un militar lo hiciese, prefería que fuesen los políticos los que tomaran esta decisión, cuando llegase el momento apropiado. Dice:

«Nadie de sano juicio podría ahora declararse partidario de tales o cuales alianzas, ni éstas son profesión de fe para lanzarlas al público prematuramente» (31).

c) *Bases ideológicas*

Polavieja no se dirige a ninguno de los partidos políticos existentes, a los que considera fracasados. Para él no había duda, el sistema de la Restauración es inservible y había que reemplazarlo. Dice al respecto, y como si deseara despejar los recelos de otros:

«Nadie querrá que la nación se pierda por salvar rutinas y formalismos desacreditados, o por conservar estas organizaciones de crépitas, que, falseando la esencia del Gobierno constitucional, corrompiendo el voto, haciendo tributarias suyas la administración y la justicia, todo lo han desbaratado, empequeñecido y disuelto, en proporciones que ni los más pesimistas pudieron imaginar» (32).

(28) *Ibidem.*

(29) *Ibidem.*

(30) *Diario de Sesiones de las Cortes. Congreso. Sesión 10-IX-1898.*

(31) *Ibidem.*

(32) *Ibidem.*

Aunque tampoco pretende crear un nuevo partido. Dice sobre esto:

«No me propongo formar un partido, en la acepción corriente de la palabra, ni siquiera me preocupo de averiguar la suerte que el porvenir reserva a las agrupaciones actuales: o se disolverán dejando lugar a otras nuevas, o resurgirán transformadas, después de una depuración de responsabilidades que aleje de ellas a los que no previeron o no supieron evitar la catástrofe» (33).

Polavieja se siente inclinado a prescindir de los partidos, por eso se dirige a los que él llama «masa neutra», y que considera son la gran mayoría de la nación, y a la que define él como los buenos españoles con cuyo sentir se identifica. Se presenta como un hombre que dice estar fuera de las ideologías y al que sólo le interesa el bien del país, pero eso su llamada al sentido nacional es obviamente nacionalista cuando dice: «Ayúdenme todos, puesto que yo apelo al sentir público con ideas que son de todos» (34).

Dentro de esos valores que él considera que son la base esencial de la sociedad española, y que pretende defender y representar, no podían faltar los religiosos. Estos aparecen en su *Manifiesto* cuando, so pretexto de rechazar las imputaciones de quienes le acusan de ser el representante de la reacción teocrática, recordándole su relación con las órdenes religiosas de Filipinas, y su vinculación al arzobispo de Valladolid, dice: «No tienen de cierto nada más que el ser, por creencia y por práctica, ferviente cristiano» (35). Continuando con esta cuestión de profesión de fe religiosa aprovecha para dar a su movimiento un carácter que, en cierto sentido, recuerda al «nacional-catolicismo», cuando dice:

«Es necesario velar por el desarrollo de todas las fuerzas morales, que hartos desenfrenos hemos consentido ya a las pasiones de la bestia humana, nada tan natural como el deseo de ver respetada la fe en que comulgan la mayoría de los españoles, y rodeada de prestigio la autoridad de una Iglesia que fue piedra angular de nuestra nacionalidad, nos llevó bajo la enseñanza de la Cruz a la reconquista del territorio perdido, y ha mostrado, en épocas bien recientes, cómo nunca se extingue en su espíritu el fuego del amor a la Patria» (36).

(33) *Diario de Sesiones de las Cortes*. Congreso. Sesión 10-IX-1898.

(34) *Ibidem*.

(35) *Ibidem*.

(36) *Diario de Sesiones de las Cortes*. Congreso. Sesión 10-IX-1898.

Como hemos dicho, Polavieja se presenta como una opción fuera de los partidos y pide la proscripción definitiva de las fuerzas políticas que habían llevado al país al desastre, intentado neutralizar las probables acusaciones de potencial dictador que desde múltiples sectores del espectro político le podían hacer. Dice:

«Los que tratan de desfigurar mis intenciones por suponer que aspiro al ejercicio de una dictadura militar, inspirada en el aborrecimiento de las formas constitucionales... Yo deseo decir que no quisiera para nuestra Patria más dictador que la ley, por desgracia infringida u olvidada casi siempre. Yo creo que en la observancia del derecho se funda toda disciplina social» (37).

Polavieja desea el poder y a este motivo responde su *Manifiesto programático*, que él define como contenedor de un programa de Gobierno de salvación y reconstrucción nacional, pero intenta dejar claro que no lo quiere de manos de un partido ni por un golpe militar. Esto último posiblemente venía más por su respeto a la Corona que a otras instituciones. Lo que sí parece innegable era su fidelidad a la Regente, sin olvidar el poder que tenía la primera para conceder o retirar el poder a los políticos:

«Yo me impongo el deber de realizar este programa si la opinión me presta su apoyo, y por él y por la confianza de la Corona llego al Gobierno» (38).

En cuanto a los partidos políticos, queda claro en el *Manifiesto* y en otras declaraciones, que sólo piensa en los tradicionales y éstos le parecen más una rémora que una ayuda, tanto por el desprestigio que habían sufrido en los últimos años, como por las servidumbres que una alianza, como al final terminó haciendo, le podría acarrear.

El *Manifiesto* fue bien recibido en amplios sectores de la nación. Algunos señalaron su ambigüedad, indefiniciones e inconcreciones, que no fueron óbice para que otros desengañados del sistema de la Restauración viesan en él sólo los aspectos reformistas y de mejora social que tenía. Así se explica la buena acogida que tuvo entre las fuerzas regionalistas; sobre todo Cataluña apreció especialmente la parte descentralizadora del mismo, por suponer una cierta autonomía administrativa y tributaria.

(37) Hemeroteca Municipal Madrid, *El Nuevo País*, 14-IX-1898.

(38) Hemeroteca Municipal Madrid, *El Nuevo País*, 14-IX-1898.

Para los sectores tradicionalistas y católicos era un programa inequívocamente confesional y moderadamente conservador.

Incluso muchos liberales señalan aspectos positivos del mismo. Sólo las fuerzas sociales que se mantenían alejadas de la vida política ignoraron o estuvieron críticas con él.

3. *Vicisitudes en sus alianzas políticas*

Como ya se ha dicho, a su vuelta a España Polavieja fue recibido con gran entusiasmo. Muchas gentes pusieron su esperanza en este general, apodado el «general cristiano», que no sólo era popular, sino también tenía el respaldo de la Corona (39).

Comenzó por tomar contacto con los catalanes, a través de la sociedad barcelonesa Fomento del Trabajo Nacional, que representa los más importantes intereses económicos y mercantiles de la época.

En un primer momento la atención del general Polavieja estuvo centrada en conciliar los intereses del Fomento del Trabajo, interesado en la creación de un nuevo partido distinto a los que ya había hasta entonces, con su idea de gobierno.

En realidad lo que el general pretendía era crear una fuerza política nueva, apoyada en las clases medias y en ciertos sectores burgueses claramente decepcionados de la experiencia política ofrecida por el sistema de turno de partidos, vigente en 1898.

Polavieja pactó con los catalanes algunas concesiones autonomistas. Y es en Barcelona en donde surge el apoyo civil más importante, y donde el movimiento polaviejista consigue que se inicie el despertar de la clase media (40).

Conocido a mediados de septiembre de 1898 el *Manifiesto* del general, éste mencionaba expresamente, posible fruto de su inteligencia con los catalanes, que creía provechosas para España ciertas fomas de tributación concertada, no considerando injusto que la Hacienda pacte con grupos de intereses y capitales, y se llegue a un acuerdo económico con entidades locales. Con estos términos se está refiriendo claramente a su concierto con Cataluña (41).

Los catalanes sólo esperaban que Doña María Cristina llamara a Polavieja, en cuya persona había depositado grandes esperanzas. Pero la Reina no lo hizo, tenía un hombre que sólo necesitaba ensanchar su base política

(39) JOSÉ ANDRÉS GALLEGO: *Los grupos políticos del 98*, pág. 131.

(40) J. ROMERO MAURA: *Op. cit.*, pág. 20.

(41) Hemeroteca Municipal Madrid, *El Heraldo de Madrid*, 14-X-1899.

y que le podía asegurar la supervivencia del sistema de turnos; este hombre era Francisco Silvela, figura al que faltaba la personalidad que caracteriza a un líder político (42).

De otra parte, aunque Polavieja no tuvo contacto directo con el partido liberal, sin embargo, Canalejas, que dirigía la facción más radical de éste, siempre pronunció frases elogiosas hacia Polavieja, al que consideraba un hombre demócrata, que había tratado de coagular las llamadas «fuerzas neutras», y con cuyas ideas fundamentales coincidía.

Aun así, Canalejas no tuvo nada que ver en los preparativos del *Manifiesto*. Para él, el documento era «el más democrático de cuantos han expresado el programa de fuerzas monárquicas, y hasta excedía los límites y las fórmulas que contenían las aspiraciones del partido liberal español» (43).

Con lo que no estaba de acuerdo Canalejas era con los pactos mantenidos por el general Polavieja con los catalanistas, por eso en su intervención en el Congreso de los Diputados, de diciembre de 1899, hizo una llamada a la «unidad de la Patria», aunque matizando, recomienda: «No sustituyamos al fatídico *diletantismo* federalista de Silvela por una centralización avasalladora e intolerable» (44).

En relación a otras fuerzas políticas y sociales, el Partido Integrista, surgido de una escisión del carlismo en 1888, que propugnaba una monarquía «templada», se sentía cerca del general Polavieja; así lo hizo saber claramente. Los puntos comunes con el programa de Polavieja eran fundamentalmente el mantenimiento de la unidad católica, la descentralización administrativa, punto básico en el *Manifiesto* del general, y la disminución de los gastos del Estado (45). La discusión sobre el acercamiento o no del general Polavieja provocó en enero de 1899 la escisión del partido.

Por el contrario, los republicanos se proclamaron enemigos acérrimos del general, hasta el punto de proponer en diciembre de 1898 la creación de una coalición con ideas democráticas, encabezada por Sagasta, que haría de contrapeso a la coalición polaviejista conservadora (46).

Las relaciones de Polavieja con la masonería fueron de franca oposición, hasta el punto de que el gran maestro Morayta sobresalió en la campaña anti-polaviejista y anticlerical. Los antecedentes de esta enemistad mutua arrancan de períodos anteriores.

(42) J. ROMERO MAURA: *Op. cit.*, pág. 23.

(43) *El Nuevo País*, Madrid, 8-XI-1898.

(44) *El Heraldo de Madrid*, 3-XII-1899. El subrayado es original.

(45) *El Siglo Futuro*, 7-IX-1898.

(46) *El Heraldo de Madrid*, 10-XII-1898.

Polavieja, por su parte, había mantenido que la masonería tenía una gran influencia en las revueltas cubanas y de su estancia allí son estas consideraciones:

«¿Acaso los protestantes con su odio al catolicismo, y los masones con sus logias, no ayudaron también a los cubanos en su labor de sacudir el yugo de España? ¿Acaso no contribuyeron eficazmente a la acción de las logias, las libertades de todos géneros y especies que se concedieron a la isla de Cuba? ¿Qué más podían desear los enemigos de España?» (47).

Pero sobre todo el problema más grave que surgió entre Polavieja y los masones fue la cuestión de la ejecución de Rizal, intelectual de mucho relieve en Filipinas, condenado por independendista, y al que el general no quiso conmutar la pena de muerte. En esta negativa muchos vieron, no tanto sus implicaciones políticas, como las relaciones que Rizal mantenía con la masonería, grupo por el que Polavieja sentía un especial rechazo. Por esto fue duramente atacado, ya que por aquel entonces eran muy activas en Madrid las sociedades secretas de Filipinas (48).

Lo que va a terminar cristalizando es la alianza entre Silvela y Polavieja. El diputado Rafael Gasset, hombre próximo a Silvela, que llevó a cabo la lectura del *Manifiesto*, y que gozaba de la confianza del general, se ofrecía como posible instrumento de entendimiento entre ambas personalidades, que en los últimos meses de 1898 aparecían con grandes posibilidades de ser llamados a gobernar.

No fue labor fácil la alianza entre ellos y cuando se produjo tuvo corta duración.

Polavieja necesitaba a Silvela, pero sin, según su opinión, el lastre de su partido. Sin embargo, ya desde finales del mes de agosto éste le hizo saber que su apoyo estaba condicionado a su deber como jefe del partido conservador. Todavía en estos meses las posibilidades de Polavieja sobre su rival eran mayores (49). Cuando a final del verano de 1898 el general se entrevista con la Reina Regente para exponer su programa y los apoyos políticos con los que cuenta, citó entre éstos el de Silvela (50).

(47) DAMIÁN ISERN: *Op. cit.*, pág. 168.

(48) DAMIÁN ISERN: *Op. cit.*, pág. 193.

(49) J. ROMERO MAURA: *Op. cit.*, pág. 24.

(50) ARCHIVO POLAVIEJA: *Polavieja a Baró*, agosto de 1898.

III. EL GOBIERNO SILVELA-POLAVIEJA

En enero de 1899 Silvela y Polavieja concertaron su alianza con vistas al poder. Polavieja llamó a Madrid a los catalanes Juan Pallarés y Juan Ferrer y Vidal, a los cuales comunicó que las circunstancias exigen que se una a Silvela, por lo que sería necesario redactar un pacto en el que se consiguiese lo que se debía realizar cuando el nuevo partido fuese llamado a gobernar (51).

En marzo de 1899 se formó el nuevo Gobierno; Silvela había conseguido su propósito, atraerse a Polavieja a su campo, tomando el capital político de éste y parte de sus apoyos. Polavieja neutralizado en su acción de formar gobierno, al menos veía la posibilidad de poner en práctica algunos de sus puntos regeneradores.

Una vez Silvela formó gobierno, nombró al general Polavieja ministro de la Guerra, y a Fernández Villaverde ministro de Hacienda.

La poco clara, pero hábil, decisión de Silvela para atraerse a Polavieja, consistió en aceptar los aspectos renovadores de éste que ya se han señalado. Pero éstos terminaron siendo la causa de la ruptura de la alianza entre ambos. Las complicaciones surgieron con la política economizadora y hacendística del ministro Fernández Villaverde. Estas economías, así como el impuesto al consumo, eran rechazadas por la burguesía que apoyaba al general, y destruía el proyecto de reorganización del Ejército, que quedaba parado para mejores tiempos (52).

El pulso entre Polavieja-Durán i Bas frente a Fernández Villaverde se saldó, a pesar de la reticencia de Silvela a romper su pacto con Polavieja, con la salida del Gobierno del general y del ministro de Justicia y, por consiguiente, con el triunfo de Fernández Villaverde. Aunque la cuestión parecía ya planteada en el mes de abril, como tal crisis no cristalizó hasta septiembre.

Fruto de su paso por el Gobierno será su informe, presentado a la reunión del Consejo de Ministro el 22 de mayo, presidido por la Reina Regente, que recogía un programa para el desarrollo y organización de la potencia militar de España.

Era éste un programa de defensa nacional, y resumía su pensamiento militar en esta cuestión. Afirmaba:

«La paz interior y exterior que España desea es un sueño imposible de realizar sin estar preparados para la guerra, y que cuanto

(51) *El Heraldo de Madrid*, 24-X-1899.

(52) *El Heraldo de Madrid*, 14-III-1899.

mayor es el poder militar de una nación, más se alejan de ella las probabilidades de una lucha armada', sus ambiciones exteriores se encierran en los límites que traza la prudencia. Precisamente por no haber estado preparados para la guerra, añadía, y haber sido al mismo tiempo irreflexivos y desconocedores de nuestras fuerzas, nos precipitamos inconscientemente en una lucha en que perdimos los restos de nuestro imperio colonial. Si constituimos sólidamente la defensa del territorio, proseguía, salvaremos nuestra existencia sin combatir, y por la paz y el desarrollo de la riqueza, podremos llegar otra vez a ser nación respetada, y a recobrar en el mundo la posición que nos corresponde» (53).

En el mismo Consejo aprovechó Polavieja para hacer una alusión a la cuestión de los presupuestos, aún confiando en resolverla a su favor: «Los presupuestos pequeños engendran los grandes, como lo prueba lo sucedido con las guerras coloniales y con la guerra, llamémosla así, con los Estados Unidos» (54).

1. Crisis de Gobierno y dimisión de Polavieja

En el mes de septiembre se evidenciaron públicamente los problemas existentes en el seno del Gabinete. El asunto se planteó abiertamente en el Consejo de Ministros del día 27. Fernández Villaverde condicionó su permanencia en el Gobierno a la aceptación de sus reducciones presupuestarias. El día 26 Polavieja, por su parte, seguía rechazándolas. La situación se complicó por la llamada que hizo el general convocando a los jefes de regimiento y batallones, para consultarles sobre esta cuestión. Algunos vieron en esto un intento de golpe de fuerza y una presión sobre Silvela, al evidenciar el malestar por parte del Ejército a llevar a cabo esas reducciones. Polavieja, oficialmente, negó tal cariz a estas reuniones (55).

Estas convocatorias alcanzaron gran trascendencia en el país. Algunos diarios reclamaron públicamente la necesidad de que el jefe de Gobierno aconsejase a la Regente regresar a Madrid (56); y en general toda la prensa se ocupó de éstas.

(53) DAMIÁN ISERN: *Op. cit.*, pág. 174.

(54) *Ibidem.*

(55) *El Heraldo de Madrid*, 26-IX-1899.

(56) *Ibidem.*

El periódico *La Correspondencia Militar* lo recoge así: «Que los visitantes realizaron un acto de importancia capitalísima, que demostraron al ministro que es de todo punto imposible acceder a las reducciones...; que había imposibilidad absoluta de hacer economías. Aseveró que la visita fue espontánea y que el Ejército entero pensaba como los manifestantes» (57).

El Correo Militar del mismo día decía que el acontecimiento fue grave. Pero no debió reunir Polavieja todo el apoyo que suponía o al menos no fue ni tan unánime, ni tan sólido, como para haber podido llevar a Silvela, por una acción de fuerza, a aceptar su tesis frente a la del ministro de Hacienda (58). Que no fue tan sólido el apoyo militar se desprende también de las manifestaciones del periódico *El Ejército Español*, que dice al respecto: «Fue un acto privado, los íntimos del general Polavieja quisieron conseguir otra cosa, pero el buen sentido de la oficialidad desbarató sus planes. Termina diciendo que cuando el Ejército quiere manifestar su opinión y torcer la marcha de los sucesos, lo hace de otro modo; que no hay temores de dictadura...» (59).

La importancia fue grande, aunque no tanta como señalaron algunos, poco después, en el Parlamento diciendo: «¿Es que el general Polavieja se sintió un momento fuerte y quiso disolver aquel Gobierno?» Y otros irónicamente: «Para quien se siente Pavía, no debe quedarse en la mitad» (60).

Ante la no aceptación de sus criterios, el 28 de septiembre el general Polavieja presentó su dimisión, y el 1 de octubre, en apoyo del anterior y por presiones de sus bases, lo hará el ministro de Justicia, Durán i Bas.

La crisis quedó cerrada, pero el Gobierno de Silvela perdió la significación que le había abierto las puertas del poder. Aunque la alianza Silvela-Polavieja fue un buen medio para atraer a los católicos hacia el partido conservador, con Polavieja se fue el primer intento regeneracionista de España hecho desde la derecha.

Así se puso fin a la experiencia del general Polavieja en el poder, que en tan corto espacio de seis meses sufrió, como decía la prensa de la época, más desgaste que hombre público alguno.

(57) «La correspondencia militar», 26-IX-1899, recogido en *El Heraldo de Madrid*.

(58) *El Correo Militar*, 26-IX-1899.

(59) *El Ejército Español*, 26-IX-1899.

(60) *Diario de Sesiones de las Cortes. Senado. Sesión 31-X-1899.*